

Vie
26
Jul
2019

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Joaquín y Santa Ana (26 de Julio)

“Señor, Tú tienes palabras de vida eterna”

Primera lectura

Primera lectura: Éxodo 20,1-17

En aquellos días, el Señor pronunció las siguientes palabras: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí. No te harás ídolos, figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un dios celoso: castigo el pecado de los padres en los hijos, nietos y biznietos, cuando me aborrecen. Pero actúo con piedad por mil generaciones cuando me aman y guardan mis preceptos. No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Porque no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso. Fíjate en el sábado para santificado. Durante seis días trabaja y haz tus tareas, pero el día séptimo es un día de descanso, dedicado al Señor, tu Dios: no harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el forastero que viva en tus ciudades. Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra y el mar y lo que hay en ellos. Y el séptimo día descansó: por eso bendijo el Señor el sábado y lo santificó. Honra a tu padre y a tu madre: así prolongarás tus días en la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar. No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás testimonio falso contra tu prójimo. No codiciarás los bienes de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él.»

Salmo de hoy

Sal 18 R/. Señor, tú tienes palabras de vida eterna

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante. R/.

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. R/.

La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. R/.

Más preciosos que el oro,
más que el oro fino;
más dulces que la miel
de un panal que destila. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13,18-23

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros oísteis lo que significa la parábola del sembrador: Si uno escucha la palabra del reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que la escucha y la acepta en seguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y, en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, sucumbe. Lo sembrado entre zarzas significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas la ahogan y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese dará fruto y producirá ciento o sesenta o treinta por uno.»

Reflexión del Evangelio de hoy

«Nuestro plan de vida es la Ley del Señor»

Imaginemos al pueblo de Israel caminando por el desierto. Un pueblo que ha creído en las palabras de Moisés pero que, por fuerza, debía estar desorientado viendo como su caminar se alargaba en el tiempo, sin ver el final de su peregrinaje por un territorio hostil. Los ánimos debían flaquear y Dios les dará unas pautas de vida que les ayudarán a continuar hacia adelante. Pautas que hoy son tan válidas como entonces ¿Acaso nosotros no

tenemos muchas veces la sensación de caminar por el desierto? ¿Nuestro mundo actual no parece un campo yermo para el alma?

Los Diez Mandamientos son toda una declaración de cómo debemos ser y como deben ser nuestras relaciones con Dios. No son metáforas, son realidades tangibles que nos ayudan en nuestro día a día y nos marcan el camino de nuestra vida. Igual que los israelitas harán su camino por el desierto antes de llegar a la Tierra Prometida, nosotros haremos el nuestro antes de llegar a la Casa del Padre. Y nuestra "guía de viajes" son los Diez Mandamientos, ellos son nuestra hoja de ruta. Es bueno meditarlos de vez en cuando, sin prisas, en presencia del Señor... Es bueno, muy bueno, hacer examen de conciencia (de eso se trata en definitiva) para no perder el norte y seguir la senda que nos indica la brújula que Dios ha puesto en nuestras manos.

«Nuestra alma, tierra fecunda»

Si hermosa es la parábola del sembrador más bella aún es la explicación que Cristo nos ofrece de la misma. Nos va desgranando los distintos estados del alma a la hora de recibir la semilla de la Palabra y las consecuencias de los mismos. Pueden parecer cosas obvias y sabidas pero conviene que las repasemos, que las meditemos, para encontrarnos con nosotros mismos.

Debemos ver donde nos encontramos ¿Al borde del camino, en los límites entre el bien y el mal? ¿O por el contrario nuestra alma está llena de piedras (preocupaciones mundanas, afán de destacar, frivolidades que no conducen a nada) que hacen que olvidemos pronto lo escuchado? ¿Vivimos entre las zarzas del dinero, del afán de éxito, de los placeres fáciles? ¿O somos terreno fértil y abonado que dará fruto? Estoy seguro que todos quisiéramos ser este último tipo de terreno pero... ¿Cómo abonar el campo? Muy sencillo: poniéndonos en manos de Dios, entregándole el barro del que estamos hechos para que Él lo moldee.

En algunas ocasiones he insistido en la necesidad de leer las Escrituras de forma asidua, como parte de nuestra rutina diaria, y buscar su significado, llegar a entenderla. Quince minutos al día para nosotros mismos, para abonar nuestra tierra y estar preparados para acoger la Palabra de Dios y dispuestos a dar el fruto que su semilla siembra en el alma. Os animo a ello, este tiempo de verano, en el que las ocupaciones son menores, es un buen momento para comenzar la tarea de preparar y abonar la tierra. Veréis como pronto comenzáis a ver los resultados.



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

San Joaquín y Santa Ana

En su carta encíclica *Redemptoris Mater*, el papa Juan Pablo II ha escrito que «la presencia de María en medio de Israel, tan discreta que pasó casi inadvertida a los ojos de sus contemporáneos, resplandecía claramente ante el Eterno, el cual había asociado a esta desconocida Hija de Sión al plan salvífico, que abarca toda la historia de la humanidad».

La vida discreta de María había de compaginarse con el silencio sobre sus antepasados. Sin embargo, la liturgia de la Iglesia parece intentar penetrar en ese silencio, no tanto para satisfacer nuestra curiosidad cuanto para darnos ocasión para celebrar los planes de Dios sobre la historia humana, que se había de convertir en una historia redimida.

De hecho, la antifona de entrada que se canta al inicio de la Eucaristía de hoy nos introduce en una celebración marcada por el signo de la alegría: «Alabemos a Joaquín y a Ana por su hija; en ella les dio el Señor la bendición de todos los pueblos». Los protagonistas son los padres, pero el objeto de la alabanza es la providencia divina que, en María, prepara los caminos para la llegada del Salvador.

Procedentes de Galilea, se habrían trasladado pronto a Jerusalén donde vivirían en una casa cercana a la piscina Probática (o estanque de las ovejas), en la que Jesús curó a un hombre paralítico (In 5, 2). La actual iglesia de Santa Ana trata de evocar aquella tradición, aunque es cierto que subsiste también otra tradición que sitúa la vivienda de los padres de María precisamente en Séforis (Galilea).

La leyenda apócrifa se detiene en numerosos detalles anecdóticos. Así se complace en subrayar la esterilidad de Ana, las oraciones de los piadosos esposos, la larga espera, la ausencia del marido, las revelaciones de los ángeles a uno y otra, el encuentro de Joaquín y Ana junto a la Puerta Dorada de Jerusalén, escena inmortalizada por uno de los frescos de Giotto. Los relatos apócrifos narran también el nacimiento de María, los cuidados que le ofrecieron sus padres, así como la dedicación al servicio del templo de aquella niña que sube decidida los quince escalones del lugar santo. Todos estos pasajes constituyen otros tantos motivos iconográficos, representados con mucha frecuencia por la pintura y la escultura.

El culto a Santa Ana, presunta abuela de Jesús, se introdujo ya en la Iglesia oriental en el siglo VI, y pasó a la occidental en el siglo X. El culto a San Joaquín es más reciente. [...]

La conmemoración de los santos Joaquín y Ana es una buena ocasión para recordar las raíces humanas de Jesús. En él, Dios se ha emparentado con la estirpe humana. El relato evangélico que se proclama en este día evoca las palabras con las que Jesús declara dichosos a sus contemporáneos por haber tenido la suerte de ver y oír lo que habían anhelado los profetas y los justos de otros tiempos.

Por otra parte, la imagen habitual de Santa Ana, acompañando a María y al pequeño Jesús, refleja, también para un tiempo de desentendimiento e individualismo, la necesaria relación y comprensión entre las generaciones. El texto del libro del Eclesiástico (41, 1.10-15), que hoy se lee en la celebración eucarística, nos invita a hacer revivir en gratitud la memoria de los antepasados. No es extraño que esta fecha evoque con frecuencia entre los cristianos la presencia de los abuelos y la responsabilidad ética de ofrecer la necesaria atención integral a los ancianos.

José-Román Flecha Andrés